

Cómo Tomar Decisiones Bíblicas

Lección Nueve

La Perspectiva Existencial: Tratando de Hacer el Bien



Educación Bíblica. Para el Mundo. Gratuita.

Acerca de Third Millennium Ministries

Fundado en 1997, Third Millennium Ministries es una organización cristiana sin fines de lucro dedicada a proveer *Educación Bíblica, Gratis, Para el Mundo*. En respuesta a la creciente necesidad mundial de una profunda formación bíblica de liderazgo cristiano, estamos desarrollando y distribuyendo un currículo de seminario enfocado principalmente a líderes cristianos que no tienen acceso a materiales de entrenamiento. Al crear un currículo de seminario multimedia que es apoyado por donaciones, fácil de usar y en 5 idiomas (inglés, español, ruso, chino mandarín y árabe), Third Millennium ha desarrollado un método efectivo y económico para entrenar a pastores y líderes cristianos alrededor del mundo. Todas las lecciones son escritas, diseñadas y producidas en nuestras oficinas, y son similares en estilo y cualidad a las de The History Channel©. En el 2009 Third Millennium ganó dos Premios Telly por la sobresaliente producción video gráfica en el *Uso de Animación y Educación*. Nuestros materiales están disponibles en DVD, impresos, internet, transmisión de televisión vía satélite y producción para radio y televisión.

Para más información acerca de nuestro ministerio y de cómo nos puede apoyar, visite www.thirdmill.org.

Contenido

I.	Introducción	3
II.	Importancia de las Motivaciones	4
	Concepto	4
	Complejas	4
	Generales y Específicas	4
	Conocidas y Desconocidas	5
	Necesidad	5
	Corazón	5
	Hipocresía	6
	Virtud	8
III.	Motivación de la Fe	9
	Fe Salvadora	9
	Medios para la Salvación Inicial	10
	Compromiso Constante	10
	Arrepentimiento	13
	Esperanza	16
IV.	Motivación del Amor	18
	Lealtad	19
	Fidelidad	19
	Orientación	21
	Responsabilidad	22
	Acción	23
	Gracia Expiatoria	23
	Gracia Común	25
	Afecto	27
	Gratitud	27
	Temor	29
V.	Conclusión	31

Cómo Tomar Decisiones Bíblicas

Lección Nueve

La Perspectiva Existencial: Tratando de Hacer el Bien

I. INTRODUCCIÓN

Todo padre sabe que los niños a veces rompen cosas. Puede ser un plato, un juguete o un adorno. Pero todo niño, de vez en cuando deja una destrucción al pasar. Ahora, hay muchas formas de reaccionar como padres. Si el niño rompe algo a propósito, podemos enojarnos. También podemos alterarnos, si el niño es descuidado y desobediente. Pero si fue realmente accidental, puede que ni siquiera nos alteremos.

¿Por qué reaccionamos en formas distintas? Nuestras respuestas son diferentes, porque tomamos en cuenta las motivaciones de nuestros hijos. Puede que no reaccionemos, que reaccionemos con empatía, o incluso que reaccionemos con ira, dependiendo de cómo evaluemos sus motivaciones.

Algo similar sucede con las decisiones éticas, incluso con los adultos. La ética nunca debe divorciarse de nuestras motivaciones. Nuestras motivaciones, deseos e intenciones son factores importantes a considerar en cada opción ética que tomemos.

Esta es la novena lección de nuestra serie Cómo Tomar Decisiones Bíblicas, y lleva por título La Perspectiva Existencial: Tratando de hacer el Bien. En esta lección, profundizaremos en la perspectiva existencial de la ética, observando la forma en que las motivaciones y las intenciones afectan la moralidad de nuestras decisiones.

Tal como lo recordarán, nuestro paradigma para tomar decisiones éticas ha sido que El juicio ético involucra la aplicación de la Palabra de Dios a una situación por una persona. Cuando analizamos nuestras opciones a la luz de las normas de la palabra de Dios, estamos utilizando la perspectiva normativa. Cuando atendemos a las circunstancias, estamos utilizando la perspectiva situacional. Y cuando consideramos a las personas involucradas en las preguntas éticas, estamos utilizando la perspectiva existencial. En esta lección, continuaremos nuestro análisis de la perspectiva existencial.

En nuestra lección anterior presentamos la perspectiva existencial, analizando qué tipo de personas son necesarias para tomar buenas decisiones éticas. Específicamente, se requiere de buenas personas. Buenas en el sentido de que han sido redimidas por la gracia de Dios a través de la fe en Jesucristo. En esta lección, nos concentraremos en otro aspecto de la perspectiva existencial, es decir, nuestras motivaciones éticas. Tal como ya lo vimos, para poder agradar a Dios, la gente buena debe hacer lo correcto por las razones correctas; es decir, sus motivaciones deben ser justas.

Nuestra lección sobre tratar de hacer lo bueno se dividirá en tres partes principales. Primero, discutiremos la importancia de las motivaciones, y responderemos preguntas como: ¿Qué es una motivación? Y ¿cómo se relacionan las motivaciones con un buen comportamiento? Segundo, hablaremos de la motivación de la fe como un aspecto fundamental de la ética bíblica. Y tercero, nos concentraremos en la motivación del amor a la que nos anima la Biblia. Comencemos con la importancia de las motivaciones en la ética.

II. IMPORTANCIA DE LAS MOTIVACIONES

Discutiremos la importancia de las motivaciones, considerando, en primer lugar, el concepto de motivación, y en segundo lugar, hablando sobre la necesidad de tener motivaciones apropiadas. Comencemos observando el concepto de motivación.

Concepto

Hay dos formas básicas de hablar sobre las motivaciones. Por una parte, una motivación puede ser el propósito para el que realizamos una acción, es decir, lo que esperamos lograr. Y por otra parte, una motivación puede ser la causa de una acción. En el primer sentido, las motivaciones son esencialmente las mismas que las metas. Esto lo tratamos en las lecciones anteriores sobre la perspectiva situacional. De modo que en esta lección, nuestro enfoque estará en las motivaciones como las causas de las acciones.

Es muy conocido el concepto de causa y efecto a partir de la experiencia común. Por ejemplo, cuando alguien golpea una pelota, decimos que el golpe es la causa de que la pelota se mueva; y el movimiento de la pelota es el efecto o resultado del golpe. Podríamos pensar en muchos otros ejemplos similares. La lluvia causa el efecto del suelo mojado. El cerrar nuestros ojos causa que no podamos ver. El trabajar duro todo el día causa que nos cansemos.

Bueno, algo similar sucede con las motivaciones y las acciones.

En este sentido, una motivación es una disposición interna que nos mueve a la acción. Las disposiciones internas son como los rasgos de carácter, los deseos, los sentimientos, los compromisos y cualquier cosa dentro de nosotros que nos hace actuar.

Complejas

Con esta idea básica sobre las motivaciones en mente, es necesario que hagamos tres breves comentarios: Primero, las motivaciones generalmente son complejas. En circunstancias normales, muchos rasgos de carácter, deseos, sentimientos y compromisos obran en conjunto y nos guían en las decisiones éticas.

Consideremos, por ejemplo, a un padre que va a trabajar para ganar el sustento para su familia. Él ama a su esposa y a sus hijos; él está comprometido con la provisión para ellos; y él desea alimento, ropa y techo para sí mismo. Al mismo tiempo, puede tener deseos encontrados, como el deseo de quedarse en casa y relajarse, o de trabajar en casa, o irse de vacaciones. Todas estas disposiciones internas se dan en diversos grados de tensión y armonía en su interior. Pero en definitiva, la mayoría de los días el impacto colectivo de estas motivaciones hace que vaya a trabajar.

Generales y Específicas

Segundo, algunas motivaciones son muy generales y algunas muy específicas. Y hay muchas motivaciones que están en algún lugar entre ambos extremos.

Por ejemplo, nuestro anhelo cristiano de compartir el evangelio con los perdidos es una motivación general. Estamos motivados por nuestro deseo de que la gente crea en Jesús, y que todo el mundo sea atraído a su reino. Pero a veces podemos estar motivados a compartir el evangelio en una forma específica, con un alguien específico con quien nos reunimos. Algunas ocasiones nuestra motivación puede hallarse en esos dos extremo y puede que salgamos a buscar no creyentes con quienes compartir el evangelio.

Conocidas y Desconocidas

Tercero, además de ser complejas y más o menos generales y específicas, nuestras motivaciones pueden ser conocidas y desconocidas para nosotros. Conocemos algunas de nuestras motivaciones, pero nunca podremos estar totalmente conscientes de todas ellas.

Por ejemplo, si un hombre come algo, podríamos decir correctamente que su motivación es el hambre. El hambre es un sentimiento interno y un estado físico, y un individuo con hambre generalmente está consciente de su hambre.

Pero la psicología y la experiencia común nos han enseñado que a veces la gente come porque no está feliz y quiere ser consolada. En estos casos, la gente que come muchas veces no está consciente de que su motivación subyacente es ser consolada, y dejar de sentirse infeliz.

Luego de conversar sobre el concepto básico y algunas complejidades de las motivaciones, estamos listos para ir a la necesidad de tener motivaciones correctas. ¿Por qué son tan importantes las motivaciones en la ética?

Necesidad

Lamentablemente, los cristianos con frecuencia caen en la trampa de creer que ser ético sólo tiene que ver con la obediencia externa a la voluntad de Dios. Nos equivocamos al pensar que Dios no nos exige que tengamos deseos y motivaciones correctas. A veces sucede esto, porque las conductas son más fáciles de identificar y de corregir. A veces sucede, porque nuestros pastores y maestros llaman constantemente nuestra atención sobre las conductas, más que los deseos y los compromisos internos. También hay otras razones. Sin embargo, la Biblia deja claro que si hemos de ser verdaderamente éticos, para que nuestras conductas honren a Dios, deben estar basadas en motivaciones que honran a Dios.

Analizaremos los tres aspectos de la necesidad de tener una motivación correcta. Primero, revisaremos la exigencia de la Biblia de que las buenas obras fluyan del corazón. Segundo, consideraremos cómo la Biblia condena la hipocresía. Y tercero, hablaremos del hecho de que la virtud cristiana es una fuente de buenas motivaciones éticas. Comencemos con la idea de que las buenas obras deben ser hechas con el corazón.

Corazón

Las Escrituras hablan en distintas formas del corazón humano. Pero, de acuerdo a nuestro propósito, nos concentraremos en su descripción del corazón como lo profundo de nuestro ser interior y el asiento de nuestras motivaciones. O, poniéndolo en los términos que usamos antes en esta lección, nos enfocaremos en el corazón como la suma de todas las disposiciones internas. En este sentido, hay una gran intersección entre los conceptos bíblicos de “corazón”, “mente”, “pensamientos”, “espíritu” y “alma.”

Escuchen 1 de Crónicas capítulo 28 versículo 9, donde David esboza una estrecha relación entre las motivaciones y el corazón:

Salomón, hijo mío, reconoce al Dios de tu padre, y sírvele con corazón perfecto y con ánimo voluntario; porque Jehová escudriña los corazones de todos, y entiende todo intento de los pensamientos. Si tú le buscares, lo hallarás; mas si lo dejas, él te desechará para siempre.

(1 Crónicas 28:9)

En este pasaje, David le enseñó a su hijo que la obediencia a Dios debe fluir desde lo profundo del ser interno, lo que involucra un corazón perfecto y un ánimo voluntario. Dios no sólo se interesa por la obediencia externa. Él exige los corazones de todos, y que todo intento de los pensamientos esté verdaderamente comprometido con él. Exige una obediencia genuina que fluye de nuestros pensamientos y anhelos más profundos.

Hay muchos pasajes en las Escrituras que nos enseñan que la obediencia debe fluir de buenas motivaciones, tales como: Deuteronomio capítulo 6 versículos 5 y 6 y del capítulo 30 versículos 2 al 17; Josué capítulo 22 versículo 5; 1 de Reyes capítulo 8 versículo 61; Salmo 119 versículo 34; Mateo capítulo 12 versículos 34 y 35; Romanos capítulo 6 versículos 17 y 18; y Efesios capítulo 6 versículos 5 y 6; sólo para mencionar algunos. Como ejemplo, veamos un pasaje del Antiguo Testamento y uno del Nuevo Testamento. Escuchen, las palabras de Deuteronomio capítulo 6 versículos 5 y 6.

Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. Y estas palabras que yo te mando hoy, estarán sobre tu corazón. (Deuteronomio 6:5-6)

Tal como lo vemos en este pasaje, en el Antiguo Testamento Dios exigía que su pueblo lo amara con todo su corazón. La ley de Dios tenía que estar escrita *en* sus corazones, de modo que le obedecieran de corazón.

También es así en el Nuevo Testamento. Escuchen, por ejemplo, estas palabras de Romanos capítulo 6 versículos 17 y 18:

Gracias a Dios, que aunque erais esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón a aquella forma de doctrina a la cual fuisteis entregados; y libertados del pecado, vinisteis a ser siervos de la justicia. (Romanos 6:17-18)

La expresión griega traducida aquí como “de corazón” es *ek kardias*. En forma más literal, se podría traducir como desde el corazón hacia fuera. Tal como Pablo lo enseña aquí, Dios exige obediencia de corazón — obediencia que fluye del corazón.

Luego de ver que las buenas motivaciones son necesarias porque las buenas obras deben ser hechas de corazón, tenemos que ir a una segunda razón de por qué tener buenas motivaciones cuando tomamos decisiones éticas, es decir, la enseñanza de las Escrituras sobre la hipocresía.

Hipocresía

La hipocresía se presenta de muchas formas en las Escrituras, pero aquí estamos particularmente interesados en la hipocresía como la falsa apariencia de moralidad. Cuando nuestro comportamiento exterior parece conformarse a la palabra de Dios, pero no así nuestras motivaciones, estamos actuando con hipocresía, y nuestras acciones no agradan a Dios.

Escuchen las enseñanzas de Jesús en Mateo capítulo 6 versículos 2 al 16:

Cuando, pues, des limosna, no hagas tocar trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas y en las calles, para ser alabados por los hombres... Y cuando ores, no seas como los hipócritas; porque ellos aman el orar en pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para ser vistos de los hombres... Cuando ayunéis, no seáis austeros, como los hipócritas; porque ellos demudan sus rostros para mostrar a los hombres que ayunan. (Mateo 6:2-16)

Dar al necesitado, orar y ayunar eran conductas buenas y justas en sí mismas. Pero en estos casos, Jesús las condenó como hipócritas porque estaban motivadas por el orgullo en vez del amor a Dios y al prójimo. Al condenar de este modo las malas motivaciones, las enseñanzas de la Biblia contra la hipocresía indican que la buena conducta siempre debe fluir desde las buenas motivaciones.

Ahora, tenemos que ser cuidadosos de no limitar la hipocresía sólo a los no creyentes presumidos; incluso los cristianos pueden tener motivaciones que no encajan con sus acciones externas. Quizá el ejemplo más claro de esto en las Escrituras es la forma en que ciertos cristianos judíos habían dejado de observar muchas prácticas judías tradicionales, sabiendo que la muerte y la resurrección de Cristo les exigían aplicar en nuevas formas los principios del Antiguo Testamento. Aun así, ellos mantuvieron algunas tradiciones obsoletas que les permitían ser más reconocidos que los gentiles de la iglesia.

Sorprendentemente, incluso el apóstol Pedro y el misionero Bernabé estaban entre estos cristianos hipócritas. Es mucho más molesto, si consideramos que Pedro fue el primero en traer el evangelio a los gentiles (como leemos en Hechos 10), y que Bernabé había sido uno de los primeros misioneros al mundo gentil (como leemos en Hechos 13).

Escuchen el relato de Pablo sobre este problema en Gálatas capítulo 2 versículos 11 al 13:

Pero cuando Pedro vino a Antioquía, le resistí cara a cara, porque era de condenar. Pues antes que viniesen algunos de parte de Jacobo, comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los de la circuncisión. Y en su simulación participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. (Gálatas 2:11-13)

En respuesta a esta hipocresía, Pablo reprendió a Pedro en su cara, señalando que Pedro mismo vivía como un gentil, y no como un judío. Pedro sabía que en Cristo los gentiles eran iguales a los judíos. Pero por miedo a perder el respeto, él quiso actuar de una forma que sugería que los cristianos gentiles eran inferiores a los cristianos judíos. Las acciones de Pedro fueron hipócritas, porque él estaba motivado por un deseo egoísta de preservar su reputación y no por el deseo santo de honrar a Dios y a su iglesia.

Ahora que hemos visto que las buenas obras deben ser hechas de corazón y sin hipocresía, estamos listos para revisar una tercera razón de por qué son necesarias las buenas motivaciones. La virtud que debe caracterizar a los seguidores de Cristo.

Virtud

En términos simples, la virtud es un carácter moral digno de elogio. También podemos hablar de virtudes en plural, refiriéndonos a diferentes aspectos de un carácter moral digno de elogio. La virtud es importante en nuestra discusión sobre las motivaciones, porque el carácter virtuoso se expresa en forma de buenas motivaciones. Las Escrituras presentan varias listas de lo que podríamos llamar virtudes, pero quizá la más familiar sea la lista de Pablo sobre el fruto del Espíritu.

En Gálatas capítulo 5 versículos 22 y 23, Pablo describe así el fruto del Espíritu:

El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. (Gálatas 5:22-23)

Esta lista no es exhaustiva, pero es un buen resumen de las cualidades morales que Dios quiere que su pueblo tenga. Cada una de estas virtudes debería ser una disposición interior que nos mueve a acciones éticas. Y en este sentido, las virtudes *son* motivaciones.

Por ejemplo, la virtud del amor cristiano debería motivarnos a actuar amando en distintas formas. Del mismo modo, la gente que tiene el gozo del Espíritu estará motivada por su gozo. La gente pacífica estará motivada por la paz que hay en su interior. La gente paciente estará motivada por su paciencia.

Tal como lo enseñó Jesús en Mateo capítulo 12 versículo 35:

El hombre bueno, del buen tesoro del corazón saca buenas cosas. (Mateo 12:35)

En el resto de esta lección nos concentraremos en las virtudes del amor y la fe, porque las Escrituras dicen que ellas son imprescindibles para las buenas obras. En preparación para ello, revisemos brevemente la idea de que a menos que poseamos las virtudes del amor y de la fe, y que esas virtudes motiven nuestro comportamiento, no podremos hacer nada que se considere bueno. Pensemos primero en la forma en que Pablo habló acerca del amor a la iglesia en Corinto.

En 1 de Corintios capítulo 13 versículos 1 al 3, él escribió estas palabras:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve. (1 Corintios 13:1-3)

Este pasaje indica claramente que nuestras acciones deben fluir desde el amor de nuestros corazones. Es decir, si nuestras acciones no fluyen desde el amor de nuestros corazones, Dios no las considera buenas.

Del mismo modo, Hebreos capítulo 11 versículo 6, nos enseña que la virtud de la fe debe funcionar como una motivación. Escuchemos sus palabras:

Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan. (Hebreos 11:6)

Según este pasaje, la virtud de la fe debe movernos a actuar en forma fiel. Sólo entonces Dios se agrada de nuestro comportamiento.

Las Escrituras enfatizan la virtud cristiana, porque las motivaciones son muy importantes en la vida ética. Y cada virtud enseñada en las Escrituras funciona como una motivación dentro de nosotros. De modo que cada vez que las Escrituras enfatizan la importancia de las virtudes cristianas, están enfatizando también la importancia de las motivaciones buenas y virtuosas.

Ahora que hemos visto la importancia de tener las motivaciones correctas cuando tomamos decisiones éticas, estamos listos para analizar con mayor detalle la motivación de la fe. ¿Por qué es tan crítico para nosotros el estar motivados por la fe? Y ¿cómo nos motiva la fe?

III. MOTIVACIÓN DE LA FE

Cualquiera que conoce la Biblia, se da cuenta de que la fe es una preocupación central tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, así como también ha sido un tema central en la teología cristiana tradicional. En esta lección nos ocuparemos particularmente de observar la fe como un motivo central de la ética. Queremos explorar cómo la fe nos motiva a obedecer a la Palabra de Dios.

Las Escrituras dicen tanto acerca de la fe, que nos sería imposible mencionar todas las formas en que la fe sirve como motivación. Entonces, limitaremos nuestra discusión a alguna de las formas más comunes y fundamentales en que la motivación de la fe funciona en nuestro proceso de toma de decisiones. Primero, hablaremos de las formas en que la fe salvadora sirve como motivación. Segundo, discutiremos la motivación del arrepentimiento como una expresión primaria de la fe. Y tercero, hablaremos de la esperanza como la fe que apunta al futuro. Comencemos con la motivación de la fe salvadora, es decir, el tipo de fe que trae salvación eterna.

Fe Salvadora

De acuerdo a nuestros propósitos, en esta lección resumiremos la fe salvadora como un asentimiento a la verdad del evangelio, y la confianza en que Cristo nos libra de nuestro pecado. Desde luego que hay mucho más que podría decirse sobre la fe salvadora. Pero esta definición nos ayudará a ver cómo la fe funciona como una motivación para las buenas obras.

Las Escrituras hablan de la fe salvadora en dos maneras. Por una parte, hablan de la fe como el medio para la salvación inicial. Por otra parte, hablan de esta misma fe salvadora como un compromiso constante a través de nuestra vida cristiana. Veamos primero la fe salvadora como el medio para la salvación inicial.

Medio para la Salvación Inicial

Cuando decimos que la fe salvadora es el medio para la salvación inicial, queremos decir que es la herramienta que Dios usa para aplicar la salvación en nosotros. Podríamos comparar la fe con una brocha usada por un pintor para pintar una casa. La

brocha no hace que la casa merezca ser pintada, tal como la fe no hace que merezcamos ser salvos. La brocha sólo es la herramienta que el pintor usa para sacar pintura del recipiente y aplicarla a la pared de la casa. Del mismo modo, la fe es una herramienta que Dios usa para aplicar la salvación a individuos pecaminosos. No hay nada en nuestra fe que merezca o gane la salvación. Al contrario, la vida y la muerte de Cristo nos dan la salvación gratis a través de la fe.

Escuchen las palabras de Pablo en Romanos capítulo 5 versículos 1 y 2:

Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios. (Romanos 5:1-2)

La justificación de la que Pablo habla aquí, en que Dios perdona el pecado y nos declara justos, ocurrió para Pablo y sus lectores cuando vinieron por primera vez a la fe salvadora.

Este tipo de justificación sucede en el estado inicial de nuestra salvación. Es el acto de Dios por gracia con que él perdona nuestro pecado y acredita los méritos de Cristo en nuestra cuenta, cambiando nuestro status para siempre. Antes de ser justificados, éramos pecadores y enemigos de Dios. Pero en cuanto él nos salva, nos transformamos en sus santos amados. Y la herramienta que Dios usa es la fe salvadora.

En el contexto de nuestra salvación inicial, la fe salvadora nos motiva para que nos arrepintamos de nuestro pecado y confiemos en Cristo para nuestra salvación. Estas buenas obras son las primeras evidencias de nuestra salvación, dado que sólo pueden ser motivadas por la verdadera fe salvadora.

Además de la fe salvadora como el medio para nuestra salvación inicial, la Biblia habla también de la fe salvadora como nuestro compromiso constante con Cristo.

Compromiso Constante

Como compromiso constante, la fe salvadora consiste en continuar asintiendo a la verdad del evangelio, y continuar confiando en que Cristo nos salva de nuestro pecado. Es una mantención constante de la misma fe que fue el medio inicial para nuestra salvación inicial. Y este tipo de asentimiento y confianza necesariamente influyen sobre todo lo que creemos. Afecta a lo que pensamos de nosotros mismos, de nuestras familias, de nuestros trabajos, de nuestra sociedad, y de todo lo demás en nuestra vida. En este sentido, la fe salvadora es una cosmovisión total que permanece relativamente estable en nuestros corazones y que influyen todas nuestras decisiones. Es una fe activa que subyace y motiva nuestras buenas obras.

Ahora, debemos ser cuidadosos y no pensar que la fe es un mero acto mental. No es un simple reconocimiento que Jesús es Señor, y que somos salvos a través de su evangelio. Tal como lo indica Santiago capítulo 2 versículo 19, incluso los demonios reconocen mentalmente las verdades acerca de Dios, pero esto no los salva.

En vez de eso, la fe salvadora involucra además nuestros corazones. Es una disposición interna que nos hace pensar, hablar y actuar en una forma que agrada a Dios. De modo que, la fe salvadora sí implica actos mentales. Pero, cuando nuestra fe es genuina, esos actos mentales fluyen desde nuestros corazones. De este modo, la fe

salvadora funciona como una motivación en la vida de cada creyente, capacitándolo e impulsándolo a hacer buenas obras.

Escuchen, por ejemplo, la forma en que Génesis capítulo 15 versículo 6, habla de la fe de Abraham:

Creyó a Jehová, y le fue contado por justicia. (Génesis 15:6)

Este versículo describe la fe de Abraham en el tiempo en que Dios por primera vez hizo un pacto con él, y tradicionalmente se usa para proveer la definición de la fe salvadora o justificadora. Para entender la razón, es útil saber que la palabra hebrea para creer viene de la misma raíz que el sustantivo hebreo para fe. También ayuda el recordar que ser justificado es ser declarado justo. De modo que este versículo enseña que Abraham fue salvo o justificado por medio de su fe.

Por eso el apóstol Pablo apeló a Génesis capítulo 15 versículo 6, para probar la doctrina de la justificación por fe. Lo hizo en Romanos capítulo 4, y en Gálatas capítulo 3. En ambos casos expuso extensos argumentos basados en el ejemplo de Abraham, explicando que la salvación de Abraham por medio de la fe es el modelo para todo creyente en Cristo. Y siguiendo la dirección de Pablo, los teólogos protestantes a menudo han apelado a Abraham para probar que sólo la fe es un medio suficiente para la justificación. Este argumento es perfectamente verdadero y preciso, y podemos ir aún más lejos con él.

El hecho es que Abraham tuvo una fe salvadora mucho antes de que Dios hiciera un pacto con él en Génesis capítulo 15. Según Hebreos capítulo 11 versículo 8 y Génesis capítulo 12 versículo 4, Abraham actuó en fe cuando dejó Harán para viajara a la tierra prometida - mucho antes que la justificación se registrara en Génesis capítulo 15.

La ceremonia del pacto registrada en Génesis capítulo 15 ocurrió después de que Abraham llegó a la Tierra Prometida, muchos años después de que él vino por primera vez a la fe. Ciertamente, la fe de Abraham en ese momento fue salvadora y justificadora. Pero no fue una fe nueva. Era la misma fe que había caracterizado a Abraham a través de toda su vida como creyente. Entonces, cuando Pablo usó este suceso para proveer un modelo para nosotros, no sólo se estaba refiriendo al hecho de que nuestra salvación inicial ocurre por medio de la fe. También estaba diciendo que todo creyente debe mantener su fe salvadora como un compromiso constante, tal como lo hizo Abraham.

Tal como lo escribió Pablo en Gálatas capítulo 2 versículo 20:

Lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. (Gálatas 2:20)

Escuchen también Hebreos capítulo 10 versículos 38 y 39, en que el autor cita el Antiguo Testamento y lo relaciona con la iglesia primitiva:

El justo vivirá por fe; y si retrocediere, no agrada a mi alma. Pero nosotros no somos de los que retroceden para perdición, sino de los que tienen fe para preservación del alma. (Hebreos 10:38-39)

Aquellos que creen y son salvos — es decir, aquellos que tienen fe salvadora — no retroceden y no son destruidos. Ellos permanecen en el camino de la fe.

La verdadera fe salvadora nos caracteriza a través de toda nuestra vida. De modo que si nuestra fe no permanece en nosotros, entonces nunca fue realmente una fe salvadora.

Más aun, la verdadera fe salvadora nos motiva a hacer buenas obras. De manera que si no estamos motivados a hacer buenas obras, nuestra fe es falsa; es una fe falsa que no nos puede salvar.

Tal como lo escribió Santiago en Santiago capítulo 2 versículos 17 y 18:

La fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma... Yo te mostraré mi fe por mis obras. (Santiago 2:17-18)

La fe salvadora siempre se manifiesta en buenas obras a través de nuestra vida cristiana.

Consideremos Hebreos capítulo 11, llamado a veces la “galería de la fe.” Este capítulo resume la fe salvadora constante de muchos creyentes del Antiguo Testamento, y los menciona como ejemplos para nuestra propia fe. El capítulo once de Hebreos enfatiza que toda esta gente vivió toda su vida por fe — es decir, no sólo cuando llegaron por primera vez a la fe, sino a través de toda su vida. Más aun, sus muchas buenas obras estuvieron motivadas por su fe constante.

Por ejemplo, en Hebreos capítulo 11 versículo 4, aprendemos que la fe salvadora de Abel lo motivó a ofrecer sacrificios agradables a Dios. Abel asintió a la verdad que Dios tenía el derecho de exigir cualquier sacrificio que quisiese, y Abel confió en que Dios lo bendeciría, si obedecía su voluntad. A causa de esta fe, Abel quiso sacrificar cosas extremadamente valiosas para él.

En Hebreos capítulo 11 versículo 7, se nos cuenta que la fe salvadora de Noé lo motivó a construir el arca, y a predicar en contra del pecado que vio en el mundo. Noé asintió a la verdad que Dios usaría el arca para salvarlo a él y a su familia del diluvio, y él confió en que Dios lo libraría de ese modo. Esta fe motivó a Noé a enfrentar la enorme tarea de construir el arca, y además predicar a quienes le rodeaban. Soportó el ridículo frente a sus vecinos porque confiaba en que Dios había dicho la verdad, y que Dios salvaría a sus vecinos, si éstos sólo se volvían al Señor en su fe.

En Hebreos, capítulo 11 versículos 17 – 19, aprendemos que la fe salvadora de Abraham lo motivó a obedecer la orden de Dios de sacrificar a su hijo Isaac. Abraham asintió al derecho de Dios de exigir la muerte de Isaac, y confió en que Dios lo bendeciría a él y a Isaac a través de este acto. Su fe fue tan fuerte que él creyó que Dios levantaría a Isaac de entre los muertos. Y en su misericordia, Dios en última instancia aceptó la fe de Abraham sin exigir la muerte de Isaac.

En Hebreos capítulo 11 versículo 25, se nos cuenta que la fe de Moisés lo motivó a identificarse con los esclavos israelitas, aunque él pudo quedarse disfrutando de los favores como miembro de la familia de Faraón. Moisés dejó una vida de lujo y poder porque asintió a la verdad que las verdaderas bendiciones vienen de Dios. Entonces se unió voluntariamente a la nación esclava de Israel, porque confió en que Dios lo redimiría de su esclavitud.

Más allá de esto, en los versículos 33 al 38, leemos que la fe de los santos del Antiguo Testamento los motivó a conquistar reinos, administrar justicia, sobrevivir

amenazas a sus vidas, triunfar en la batalla, soportar la tortura, enfrentar con valentía la ejecución y soportar muchas otras clases de persecuciones y maltratos. Fueron capaces de perseverar y triunfar porque confiaron en la bondad de Dios para con ellos, y confiaron en él como su Salvador. Esta aceptación y confianza los fortaleció en desear y buscar el agradar a Dios por sobre todas las cosas en su vida.

Lo mismo es cierto para nosotros hoy. Tenemos que permanecer firmes en nuestra fe durante nuestra vida. Debemos aceptar constantemente las verdades que Dios proclama en su Palabra, y tenemos que confiar seriamente en sus bendiciones y su salvación.

Tal como lo vimos en las lecciones anteriores, quienes carecen de la fe salvadora — es decir, los no creyentes del mundo — rechazan la verdad de Dios y se rehúsan a confiar en él. Dado que están esclavizados por el pecado, niegan la bondad y la soberanía de Dios, desprecian la salvación que les ofrece y sólo están motivados a pecar.

Pero si realmente creemos que Dios es quien dice ser, y confiamos en él en todo sentido, entonces tenemos que reconocer que la felicidad y la plenitud sólo provienen de él. Tenemos que ver que la obediencia a su voluntad es el camino a estas bendiciones. Y de este modo, nuestra fe también nos podrá motivar a las buenas obras.

Con esta comprensión de la fe salvadora en mente, estamos listos para analizar el arrepentimiento como una segunda forma en que la motivación de la fe funciona en la vida del cristiano.

Arrepentimiento

En la Biblia, el arrepentimiento es un sincero aspecto de la fe, mediante el cual rechazamos genuinamente y nos alejamos de nuestro pecado. Es más que admitir y creer que somos pecadores, y mucho más que sentirnos mal por nuestros pecados. Por supuesto que el arrepentimiento conlleva estas cosas. Pero, a menos que realmente nos alejemos *de* nuestros pecados y nos volvamos a la bondad, no nos habremos arrepentido de verdad.

En las Escrituras, el arrepentimiento y la fe a menudo son las dos caras de una misma moneda. La fe es volverse a Cristo, y el arrepentimiento es alejarse del pecado. Ambos giros corresponden al mismo movimiento. La principal diferencia entre ambos es que a la fe se le describe desde la perspectiva de lo que estamos empezando a abrazar, y al arrepentimiento se le describe desde la perspectiva de lo que estamos dejando atrás. En este proceso, nuestros *actos* de arrepentimiento están motivados por nuestros *sentimientos* de arrepentimiento. Es decir, nuestra penitencia y nuestra contrición. Y estos sentimientos son expresiones de la fe. Por fe aceptamos el arrepentimiento como una parte integral del evangelio, y por fe confiamos en que Dios nos perdonará cuando nos arrepintamos.

Consideren, por ejemplo, la conversión del Cornelio el gentil, registrada en Hechos capítulo 10. En ese hecho, Pedro fue enviado a predicar el evangelio a Cornelio y a su familia. Y mientras aún estaba hablando, el Espíritu Santo cayó sobre la familia, probando que ellos habían venido a la fe salvadora. Más tarde, en Hechos capítulo 11, Pedro dio cuenta de este suceso a la iglesia en Jerusalén, y la respuesta de la iglesia equiparó fuertemente el arrepentimiento con la fe.

Escuchen la respuesta de la iglesia en Hechos capítulo 11 versículo 18:

Glorificaron a Dios, diciendo: ¡De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida! (Hechos 11:18)

La conversión de Cornelio estuvo motivada por sentimientos genuinos de arrepentimiento. De hecho, la conexión entre la fe salvadora y el arrepentimiento era tan fuerte que en la mente de la iglesia, la conversión podía resumirse con precisión en términos del arrepentimiento.

Del mismo modo, Juan el Bautista equiparó la motivación del arrepentimiento con la motivación de la fe. Cuando los fariseos y los saduceos vinieron a él para ser bautizados, Juan les exhortó a hacer buenas obras, perseverando en el arrepentimiento.

En Mateo capítulo 3 versículo 8, Juan los instruyó con estas palabras:

Haced, pues, frutos dignos de arrepentimiento. (Mateo 3:8)

El bautismo de Juan de arrepentimiento apuntaba a causar repercusiones a largo plazo. Era para hacer que la gente dejara sus pecados y, desde ese momento en adelante, el verdadero arrepentimiento motivara las buenas obras.

El apóstol Pablo enseñó el mismo principio. Cuando estaba frente al Rey Agripa, explicando por qué había sido arrestado, Pablo resumió el evangelio en términos de arrepentimiento y de buenas obras.

Escuchen sus palabras en Hechos capítulo 26 versículo 20

Anuncié... que se arrepintiesen y se convirtiesen a Dios, haciendo obras dignas de arrepentimiento. (Hechos 26:20)

Nuevamente, el arrepentimiento y el volverse a Dios son mencionados como los dos lados de la misma moneda. Cuando nuestros corazones están verdaderamente arrepentidos, nuestro arrepentimiento nos motiva a alejarnos de nuestro pecado y vivir como Dios lo aprueba.

Hay muchos ejemplos memorables de arrepentimiento en las Escrituras. Lucas capítulo 9 versículo 8, registra el arrepentimiento de Zaqueo, el cobrador de impuestos. Cuando vino a la fe en Cristo, dejó de engañar a la gente, dio la mitad de sus bienes a los pobres, y devolvió cuatro veces lo que había robado a la gente. Él se alejó de su pecado de robar, y se volvió a una vida constante de fe y buenas obras.

Y Hechos capítulo 9 registra que, cuando el apóstol Pablo se convirtió, se arrepintió de sus pecados contra la iglesia, y se transformó en un poderoso evangelista, arriesgando su vida para predicar el evangelio, y buscando con humildad la comunión con quienes antes había perseguido. Él se alejó de su pecado de perseguir a la iglesia, y se volvió a una vida de servicio fiel a Cristo.

Y en 2 de Samuel capítulo 12, leemos sobre el arrepentimiento de David, después de ser confrontado por el profeta Natán. David había cometido adulterio con Betsabé, y había arreglado la muerte de su esposo Urías para tapar su pecado. Pero David se alejó de su pecado, confesándolo y demostrando gran contrición. Y se volvió a la fe, comenzando a vivir de acuerdo a la voluntad de Dios, especialmente alabando a Dios por el perdón que recibió, y enseñando a otros a arrepentirse también. Incluso inmortalizó su arrepentimiento en el que quizá sea el salmo más grande de arrepentimiento de la Biblia: el Salmo 51.

Escuchen lo que David escribió en el Salmo 51 versículos 12 al 14:

Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente. Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti. Líbrame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; cantará mi lengua tu justicia. (Salmo 51:12-14)

En la vida de David, el arrepentimiento lo motivó a regocijarse, a obedecer a Dios voluntariamente, a enseñar la Palabra de Dios a otros, y a cantar alabanzas al Señor.

El ejemplo de arrepentimiento de David es particularmente importante para los cristianos, porque David fue un gran creyente y un modelo de fe antes de pecar. Antes de su pecado, él había demostrado su fe en Dios, vez tras vez durante toda su vida. Y Dios había bendecido la fe de David, ensalzándolo de humilde pastor a poderoso guerrero, hasta ser el rey sobre la nación de Israel. Pero, según parece, en lo más alto del fervor de Dios para con David, después de que su fe había sido probada una y otra vez, David cayó en un horrible pecado. Se transformó en un adúltero y en un asesino. Los creyentes modernos también caen en pecados igualmente atroces.

La pregunta 82 del Catecismo Menor de Westminster y su respuesta resumen muy bien esta enseñanza bíblica. En respuesta a la pregunta:

¿Hay alguna persona que pueda guardar perfectamente los mandamientos de Dios?

El Catecismo responde:

Desde la caída, ni una sola persona puede, en esta vida, guardar perfectamente los mandamientos de Dios, sino que los quebranta diariamente, en pensamiento, en palabra y en hecho.

Todos los días caemos en pecado. Esto significa que todos los días tenemos la obligación y la oportunidad de arrepentirnos.

Ustedes deben saber que en 1517, el teólogo alemán Martín Lutero sin querer dio comienzo a la Reforma Protestante, al clavar sus famosas 95 Tesis en la puerta de la catedral de Wittenberg. Pero, ¿saben cuál fue la primera de sus tesis?

Fue simplemente esta:

Cuando nuestro Señor y Maestro Jesucristo dijo, “Arrepiéntanse,” estaba ordenando que toda la vida de los creyentes sea de arrepentimiento.

Dado que la vida cristiana es una vida de fe, también debe ser una vida de arrepentimiento. A medida que continuamos nuestro viaje, confiando en las promesas de Dios, de vez en cuando miramos hacia atrás. Y cuando vemos cómo hemos ofendido a Dios y a los demás, el arrepentimiento nos motiva a pedir su perdón, y a actuar en forma diferente en el futuro. Siendo prácticos, a veces es incómodo para nosotros admitir y confesar nuestros pecados específicos. Pero cuando confiamos en el perdón y la salvación de Dios, y cuando queremos agradecerle, eso debería motivarnos a humillarnos, a alejarnos de nuestro pecado, y a buscar la justicia que caracteriza al reino de Dios.

Después de considerar la fe salvadora y el arrepentimiento, estamos listos para referirnos a la esperanza como el tercer aspecto de la motivación de la fe.

Esperanza

La Biblia habla en diferentes maneras sobre la esperanza. Pero para nuestros propósitos, será útil pensar en aquellas veces en que describe la esperanza como fe orientada a los aspectos futuros de nuestra salvación en Cristo.

Las Escrituras enseñan que la salvación no se completa en esta vida. Hemos sido justificados, y hemos recibido el Espíritu Santo. Pero aún no hemos sido hechos perfectos. Todavía luchamos con el pecado. Todavía sufrimos por muerte y enfermedad. Y todavía luchamos con muchos problemas y la corrupción del mundo. Cuando muramos y vayamos al cielo, seremos librados de esos problemas, pero aún entonces nuestra salvación no estará completa. Todavía estaremos esperando que Jesús vuelva a la tierra para hacer todas las cosas justas y buenas. Todavía estaremos esperando nuestros cuerpos resucitados y glorificados, y los nuevos cielos y la nueva tierra.

En el Antiguo Testamento, el pueblo de Dios era constantemente exhortado a esperar la futura salvación de Dios. Y, siguiendo este ejemplo, el Nuevo Testamento comúnmente se refiere a nuestra confianza en los aspectos futuros de la salvación como la gran esperanza de la cristiandad.

Por ejemplo, en Romanos capítulo 8 versículos 23 y 24, Pablo habla sobre nuestra esperanza de la futura resurrección con estas palabras:

Nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo. Porque en esperanza fuimos salvos.
(Romanos 8:23-24)

La esperanza es la creencia confiada en que, así como Jesús nos dio su Santo Espíritu, él regresará para renovar el mundo y otorgarnos nuestra herencia en él. Y al igual que la fe salvadora, esta clase de esperanza es firme y segura.

Hebreos capítulo 6 habla de esta esperanza, relacionándola con la fe de Abraham en las promesas del pacto de Dios. Y dice que nuestra salvación futura está basada en las promesas hechas a Abraham.

Escuchen Hebreos capítulo 6 versículos 17 al 19:

Queriendo Dios mostrar más abundantemente a los herederos de la promesa la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que... tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma. (Hebreos 6:17-19)

Nuestra esperanza no es un deseo iluso o tentativo. Es firme y segura porque Dios ha jurado completar nuestra salvación.

Esta clase de esperanza motiva a las buenas obras de diversas maneras. Según 1 de Tesalonicenses capítulo 5 versículos 6 al 10, el yelmo de la esperanza motiva a estar atentos y motiva al dominio propio. Y al comparar estos versículos con otros que

hablan acerca de la armadura de Dios, está claro que una de las formas en que el yelmo de la esperanza nos ayuda a controlarnos es protegiéndonos de los ataques demoníacos y de las tentaciones. De modo que la esperanza nos sirve como una motivación para las buenas obras, al darnos una razón para resistir el pecado.

A medida que aguardamos las bendiciones que nos esperan, sabemos que seremos muchísimo más bendecidos si obedecemos al Señor que si pecamos. También sabemos que los placeres temporales del pecado no son comparables con las bendiciones eternas que Dios nos tiene reservadas.

En Colosenses capítulo 1 versículo 5 aprendemos también que la esperanza en nuestra futura salvación nos motiva a amar con mayor fuerza y tener una fe más sólida. Y desde luego que el amor y la fe no sólo son buenas obras, sino también motivaciones para las buenas obras. Así entonces, al motivar a la fe y al amor, la esperanza es la fuente de inmensurables buenas obras.

Del mismo modo, 1 de Tesalonicenses capítulo 1 versículo 3 enseña que la esperanza incrementa nuestra constancia, y nos ayuda a permanecer firmes en nuestra fe y a realizar obras que agradan a Dios.

Pero quizá la síntesis más clara sobre la esperanza como motivación la hallamos en 1 de Pedro capítulo 1 versículos 13 al 15. Escuchen lo que Pedro escribió ahí:

Ceñid los lomos de vuestro entendimiento... esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado; como hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir. (1 Pedro 1:13-15)

La esperanza nos prepara para obedecer y para ser santos en todos los aspectos de nuestra vida. Nos prepara para resistir en la adversidad, tal como Jesús lo hizo.

Tal como leímos en Hebreos capítulo 12 versículos 2 y 3:

Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumidor de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal contradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se canse hasta desmayar. (Hebreos 12:2-3)

Muchos de nosotros hemos experimentado perder la esperanza en un punto o en el otro. Quizá sentimos que Dios nos abandonó, o no estábamos seguros de que nuestra fe era genuina. Pero cualquiera que fuere la causa, la desesperanza a menudo causa que nos sintamos desvalidos, sintiendo que no podemos hacer nada y que no podemos cambiar nada. Nos priva de un propósito y de un sentido para la vida. Y puede hacer que hasta el trabajo más simple parezca demasiado difícil de realizar.

Cuando los cristianos perdemos la esperanza, a menudo cejamos en el intento de resistir el pecado. Perdemos nuestro propósito de resistir en las luchas que enfrentamos en la vida. Incluso podemos desesperanzarnos de la vida misma.

Pero cuando nuestra esperanza es fuerte, podemos motivarnos para resistir los desafíos más grandes de la vida, superar todos los obstáculos, porque tenemos nuestros ojos puestos en Dios, quien promete preservarnos.

Ahora que ya hemos visto la importancia de las motivaciones y hemos analizado la motivación de la fe, estamos listos para referirnos a nuestro tercer tema principal: la motivación del amor.

IV. MOTIVACION DEL AMOR

El amor es uno de los conceptos más reconocidos pero menos comprendidos en la fe cristiana. Podemos ver que el amor es central en las enseñanzas de la Biblia. Se nos exhorta a amar al Señor, amarnos unos a otros, e incluso amar a nuestros enemigos. Al mismo tiempo, la mayoría de la gente tiene muy poca idea de cómo obedecer los mandamientos del amor.

¿Recuerdan cómo resumió Jesús las enseñanzas del Antiguo Testamento? Dijo que el más grande mandamiento de la ley es Deuteronomio capítulo 6 versículo 5, que dice que debemos amar a Dios. Y el segundo más grande mandamiento es Levítico capítulo 19 versículo 18, que exige que amemos a nuestro prójimo. Luego dijo que estas dos leyes resumen todo el Antiguo Testamento.

Escuchemos sus palabras en Mateo capítulo 22 versículos 37 al 40.

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Éste es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos depende toda la ley y los profetas. (Mateo 22:37-40)

Jesús no quiso decir que los cientos de otras leyes del Antiguo Testamento fuesen menos importantes que estas dos. Al contrario, estos son los dos mandamientos más grandes, porque los otros dependen de ellos. Ambos expresan los principios generales que todas las demás leyes explican y aplican.

Este es el mismo principio que Pablo enseñó en Romanos capítulo 13 versículo 9 y Gálatas capítulo 5 versículo 14. De hecho, el amor es tan fundamental para todas las buenas obras, que si no está entre nuestras motivaciones, nuestras obras nunca pueden ser consideradas buenas.

Sabemos entonces que es crítico para nosotros amar a Dios y a nuestro prójimo. Pero ¿cómo es este tipo de amor? Y ¿cómo debería motivarnos? Bueno, según Jesús, la forma de amar a Dios y a nuestro prójimo es vivir de acuerdo a las enseñanzas de la ley y de los Profetas, interpretándolas y aplicándolas correctamente a nuestras circunstancias. Desde luego que no nos es posible analizar todas las formas en que la ley y los profetas nos ayudan a entender lo que es el amor. Así es que presentamos una definición que resume las enseñanzas de la Biblia sobre el amor en base a tres elementos generales.

Resumiremos el amor como algo que consiste en: lealtad, acción y afecto. Estos tres elementos cubren la mayoría de las enseñanzas de la Biblia sobre el amor, y se traslapan en muchas formas. Al considerar el amor desde la perspectiva de cada elemento, podremos aprender mucho sobre las formas en que el amor nos puede motivar a las buenas obras.

En línea con nuestra definición del amor, analizaremos la motivación del amor, hablando primero de la lealtad; segundo, de la acción; y tercero, del afecto. Comencemos con el amor como la lealtad que nos motiva a hacer buenas obras para Dios y para nuestro prójimo.

Lealtad

Nuestra discusión sobre la lealtad se dividirá en tres partes. Primero, hablaremos de la fidelidad que le debemos a Dios y a los demás. Segundo, nos referiremos a la orientación de nuestra vida. Y tercero, mencionaremos la importancia de descubrir nuestra responsabilidad. Estas son algunas de las principales formas en que la Biblia habla acerca de la lealtad y las motivaciones, y que nos proveerán de un buen fundamento para entender la lealtad como un todo. Comencemos con la fidelidad como un aspecto crítico de la lealtad.

Fidelidad

De muchas maneras, la fidelidad es la piedra angular del amor. Tal como lo vimos en la lección anterior, el Antiguo Testamento retrata consistentemente a Dios como el rey del pacto para su pueblo. Él es el soberano o el supremo emperador, y su pueblo es su reino vasallo o sirviente. Y como en cualquier reino, la responsabilidad más básica del pueblo es su fidelidad al rey. Pero ¿cómo se relaciona esto con el amor?

Bueno, en el antiguo Medio Oriente - es decir en el mundo del Antiguo Testamento - era común que la relación de pacto entre un soberano y su estado vasallo se describiera en términos del amor. El amor del soberano se expresaba en gran manera en la forma de un pacto de fidelidad con su pueblo. Él les otorgaba protección, les preservaba la justicia, y satisfacía sus necesidades terrenales. Este era su amor para con ellos. Y en respuesta, al pueblo vasallo se le exigía ser fiel a él. Tenían que obedecer sus leyes, sostenerlo con impuestos y servicios, y honrarlo como su rey. Este era su amor hacia él. Del mismo modo, los ciudadanos tenían que amarse unos a otros, tratando a sus vecinos como compatriotas, cuidándolos y respetándolos.

A la par con este concepto del amor, los reinos de pacto del antiguo Medio Oriente usaban muchas metáforas para describir la relación entre el soberano y sus vasallos. Con frecuencia, el soberano era descrito como un padre, mientras que los vasallos eran descritos como sus hijos, tal como en Isaías capítulo 64 versículo 8. También vemos que esta relación es descrita con base en un esposo y su esposa, tal como en Jeremías capítulo 31 versículo 32. Al pensar en su relación con el rey en estos términos, la gente podía comprender sus sentimientos por él, y sus obligaciones para con él. Y dado que todos los ciudadanos eran parte de una misma familia, habían de verse y tratarse unos a otros como hermanos y hermanas. El pensar en estas relaciones políticas con base en la familia ayudaba a la gente a ver que esta fidelidad y lealtad de amor tenían que ser sinceras. Tenía que ser una disposición interna favorable la que motivaba al pueblo a honrar, respetar y obedecer al rey, y tratar a sus vecinos con preocupación y compasión genuinas.

Un buen pasaje para observar esta idea en acción es Deuteronomio capítulo 6, en que Moisés usó el concepto del amor para explicar la fidelidad y la obediencia que los israelitas tenían que rendir a Dios. A pesar de de que sería útil citar todo el capítulo, el tiempo sólo nos permitirá resaltar algunas de sus afirmaciones.

Escuchen estas palabras de Deuteronomio capítulo 6 versículos 1 y 5:

Éstos, pues, son los mandamientos, estatutos y decretos que Jehová vuestro Dios mandó que os enseñase, para que los pongáis por obra... Amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas. (Deuteronomio 6:1-5)

En este capítulo el amor a Dios se resume en términos de la obediencia a los mandamientos, decretos y leyes de Dios. Y este resumen es seguido entonces por varias formas específicas en que Israel tenía que demostrar su amor por Dios.

Por ejemplo, Deuteronomio capítulo 6 versículos 13 al 17, resalta la fidelidad y la obediencia. Escuchemos lo que Moisés escribió ahí:

A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás, y por su nombre jurarás. No andaréis en pos de dioses ajenos, de los dioses de los pueblos que están en vuestros contornos; porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra... Guardad cuidadosamente los mandamientos de Jehová vuestro Dios, y sus testimonios y sus estatutos que te ha mandado. (Deuteronomio 6:13-17)

Ahora, si el amor de Dios por nosotros sólo fuera como el amor de un padre común y corriente por sus hijos, nunca esperaríamos escuchar sobre su decisión de destruirnos si fallamos en seguirle. Pero el hecho es que el amor paternal de Dios es el amor de un rey por su pueblo. La metáfora de la paternidad es útil porque resalta las formas en que Dios nos protege, provee para nosotros y cuida de nosotros. Pero la paternidad sigue siendo sólo una metáfora. Detrás de esta metáfora está el hecho de que Dios es nuestro rey. El realmente gobierna sobre nosotros. Es realmente soberano, y nosotros estamos sometidos bajo un pacto con él. Por lo tanto, la forma más básica e importante en que podemos demostrar nuestro amor por él es a través de nuestra seria fidelidad para con él y su pacto.

El Nuevo Testamento confirma de muchas formas esta idea. Por ejemplo, Jesús es nuestro Señor y Rey, y nosotros tenemos que rendirle amor a través de una obediencia fiel y a través de nuestra fidelidad para con su iglesia. No podemos alejarnos de él o rechazarlo. No podemos priorizar otras lealtades por sobre nuestra lealtad a él. No podemos rechazar las obligaciones que él pone sobre nosotros. Y no podemos maltratar o abandonar al pueblo que él ama. Mostrar tal infidelidad sería odiarlo, e invocar su juicio. Pero si permanecemos firmes en nuestro amor por él, nos recompensará en su reino.

Consideren Apocalipsis capítulo 1 versículos 4 al 6, donde Juan presenta su libro de este modo:

Gracia y paz a vosotros ... de Jesucristo ... el soberano de los reyes de la tierra. Al que nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre, y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre; a él sea gloria e imperio por los siglos de los siglos. Amén. (Apocalipsis 1:4-6)

Y tal como lo afirmó Jesús en Juan capítulo 14 versículo 15:

Si me amáis, guardad mis mandamientos. (Juan 14:15)

En la relación de pacto de Dios con nosotros, la fidelidad es una virtud positiva, que nos motiva a servir a nuestro Rey y Señor, y a honrar y cuidar de quienes viven bajo su gobierno. Y, por el contrario, es también una exigencia negativa que prohíbe en nuestra vida alianzas rivales con otros dioses e ídolos.

Luego de entender y teniendo en mente lo que es la fidelidad, estamos listos para hablar de la forma en que nuestro amor por Dios nos exige adoptar una nueva orientación de vida.

Orientación

La lealtad que le debemos a Dios afecta a cada área de nuestra vida. No hay aspecto que funcione fuera de su reino, o más allá de su gobierno soberano. Por esta razón, nuestras vidas deben estar comprensiblemente orientadas en torno a él. Dios y su reino deben ser nuestra más alta prioridad, el centro de nuestros anhelos, y el centro de nuestra cosmovisión. Tenemos que estar dispuestos interiormente a trabajar en beneficio de Dios y su pueblo en todo lo que pensamos, decimos y hacemos.

Tal como lo vimos, Deuteronomio capítulo 6 versículo 5, el primer gran mandamiento, resume a la persona humana en términos de corazón, alma y fuerza. Con estos términos no se pretende representar las diferentes partes de nuestro ser, como si pudiéramos dividirnos en tres o cuatro partes distintas. Cada término más bien representa a la persona como un todo. En el vocabulario hebreo, nuestro corazón no representa sólo nuestras emociones, sino el centro de todo nuestro ser, incluyendo nuestra mente, nuestra conciencia y todos los demás aspectos de nuestro carácter. Así también, nuestra alma es todo nuestro ser, incluyendo nuestra mente consciente y nuestros anhelos inconscientes. Y la palabra para “fuerza” en Deuteronomio no se refiere tanto a nuestros cuerpos o acciones como a la intensidad de nuestro amor por Dios, y a nuestra determinación de usar todas nuestras habilidades para lograr ese amor. De modo que, con cada uno de estos términos, las Escrituras nos exhortan a estar completamente comprometidos con Dios con todo nuestro ser.

Desde luego que el máximo ejemplo de una vida bien orientada fue Jesús. El orientó toda su vida en torno a Dios, y en torno a la gente que vino a salvar. Esta orientación lo motivó a obedecer a Dios en forma perfecta y en todas las cosas, y a sacrificarse voluntariamente por la gente que amó. Así también, nuestra lealtad a Dios y a nuestro prójimo tiene que llevarnos a la misma orientación en nuestras vidas. Incluso debería motivarnos a realizar el mismo tipo de sacrificios que Jesús realizó.

Tal como leemos en 1 de Juan capítulo 3 versículo 16:

*En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros;
también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.*
(1 Juan 3:16)

Cuando ponemos a Dios como el centro de nuestras vidas, esto afecta nuestras decisiones — desde nuestra manera de pensar, a la forma en que tratamos a la gente, hasta la persona que elegimos para casarnos. Cuando fallamos en orientar nuestras vidas en torno

a Dios, acabamos centrando nuestras vidas en torno a otras prioridades como el dinero, el poder, las influencias, la recreación o los individuos con carisma. Y estas orientaciones influyen también nuestra conducta — y lo hacen en una forma que promueve una agenda distinta a la que Dios ha prescrito en su Palabra. Pero cuando orientamos nuestras vidas en torno a Dios y a su pueblo, nos ceñimos a la agenda de su reino, y somos motivados a vivir en la forma que le agrada.

Ya nos hemos referido a los temas de la lealtad y orientación, estamos listos para considerar la forma en que nuestro amor por Dios y por nuestro prójimo debe motivarnos a descubrir nuestra responsabilidad ante Dios en todas las áreas de nuestra vida.

Responsabilidad

El amor es una orientación de obediencia y servicio a Dios. De modo que debería disponernos a guardar todos los mandamientos de Dios. Pero ¿cómo podemos hacer esto exactamente? ¿Sólo hay que contar todos los estatutos y exigencias de la ley, y luego hacer lo que enumeran en forma explícita? O ¿tenemos que servir al Señor en formas que van más allá que los ejemplos mencionados específicamente en las Escrituras? Bueno, la respuesta es que nuestra lealtad de amor hacia Dios debe motivarnos a encontrar nuevas formas de ser responsables para con él.

Para explicar lo que queremos decir, echemos una mirada a los Diez Mandamientos enumerados en Éxodo capítulo 20 versículos 3 al 17. Los diez mandamientos son:

- No tendrás dioses ajenos delante de mí.
- No te harás ídolos.
- No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano.
- Acuérdate del día de reposo para santificarlo.
- Honra a tu padre y a tu madre.
- No matarás.
- No cometerás adulterio.
- No hurtarás.
- No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.
- No codiciarás.

Ocho de estos mandamientos prohíben específicamente ciertas conductas, y no mencionan explícitamente lo que debemos hacer activamente. Si pensáramos que todas nuestras responsabilidades han sido mencionadas explícitamente en las Escrituras, concluiríamos que hay sólo dos cosas que debemos hacer: guardar el sábado y honra a los padres. Del mismo modo, concluiríamos que el mandamiento contra el asesinato prohíbe matar, pero no cosas como la ira injusta. Y estaríamos equivocados. El hecho es que la Biblia aplica estos mandamientos regularmente a todas las áreas de nuestra vida.

Sólo un ejemplo. Consideren Mateo capítulo 5 versículos 21 y 22, donde Jesús presentó la siguiente enseñanza:

Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio. (Mateo 5: 21-22)

Aquí Jesús se refirió a lo que se le dijo a la gente, es decir, a lo que enseñaron algunos intérpretes judíos de las Escrituras.

Si no buscamos apropiadamente nuestras responsabilidades ante Dios, será muy fácil desarrollar el concepto de que la Palabra de Dios sólo afecta a una pequeña parte de nuestra vida, y que la lealtad que le debemos es muy limitada. Podemos cometer el error de pensar que, dado que nuestras circunstancias son distintas a las de las Escrituras, las exigencias de Dios no se aplican a nosotros. Esto nos deja como ignorantes de nuestras responsabilidades, e indefensos frente al pecado.

Pero cuando buscamos apropiadamente nuestras responsabilidades ante Dios, entendiendo que estamos obligados para con él en todas las áreas de nuestra vida, estaremos en una mejor posición para tomar decisiones aprobadas por él. Nuestro amor a Dios debería dejarnos insatisfechos con un conocimiento limitado de sus exigencias y las necesidades de nuestro prójimo. Debería motivarnos a descubrir todas nuestras responsabilidades para con nuestro gran Rey y su pueblo, de modo que podamos cumplir con nuestro deber de la mejor manera.

Luego de hablar de la lealtad, debemos ir al tema de la acción, el cual describe cómo debemos comportarnos con Dios y con los demás.

Acción

Nuestro análisis sobre la acción se dividirá en dos partes. Hablaremos, específicamente, sobre las formas en que las acciones de Dios nos sirven como modelo para nuestro propio comportamiento. Por una parte, observaremos sus acciones de gracia expiatoria. Y por otra parte veremos sus acciones de gracia común. Comencemos con la forma en que la gracia expiatoria de Dios sirve como un modelo para nuestras acciones.

Gracia Expiatoria

Tal como lo hemos dicho a través de toda esta serie, el carácter de Dios es nuestro estándar ético absoluto. Y dado que Dios siempre actúa de acuerdo a su carácter, todas sus acciones son expresiones perfectas de su carácter.

Es por eso que las Escrituras siempre nos exhortan a ajustar nuestro carácter y nuestras acciones al carácter y las acciones de Dios, específicamente con respecto a su rescate y redención de quienes ama. Por ejemplo, en Deuteronomio capítulo 5 versículos 13 al 15, el Señor exigió que todo Israel guardara el Sabbath. Amos, esclavos temporales e incluso animales tuvieron que tomar este día libre, imitando el descanso después del trabajo que Dios impuso en toda la nación cuando los redimió de la esclavitud en Egipto.

Del mismo modo, en Mateo capítulo 18 versículos 23 al 35, Jesús enseñó que tenemos que imitar el perdón de Dios. Tenemos que perdonar a quienes pecan contra nosotros, porque Dios nos ha perdonado por pecar contra él. Y tal como el perdón de Dios para nosotros, nuestro perdón por los demás debe ser genuino y de corazón, motivado por una compasión genuina por ellos.

Con mayor frecuencia, las Escrituras enseñan que debemos amarnos unos a otros imitando el amor que Dios ha mostrado por nosotros, siendo Cristo, por supuesto, el ejemplo más grande, el que murió por nuestros pecados.

Escuchemos la enseñanza de Juan en 1 de Juan capítulo 4 versículos 9 al 11:

En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados. Amados, si Dios nos ha amado así, debemos también nosotros amarnos unos a otros. (1 Juan 4:9-11)

Como pecadores, nosotros éramos ofensivos para Dios. Lo odiábamos. Estábamos en contra de él como sus enemigos. Merecíamos el castigo, y no misericordia. Aun así, Dios quiso sacrificar a su Hijo, a quien amaba por sobre todo, para salvarnos. Y siguiendo su ejemplo, debemos estar dispuestos a sufrir en lugar de los demás.

Sin duda, nunca podremos hacer un sacrificio expiatorio por alguien — y las Escrituras no nos piden eso. Pero sí nos piden que mostremos el mismo tipo de amor por los demás que Dios mostró por nosotros en la expiación. Nosotros haríamos voluntariamente estos sacrificios por nuestros hijos, porque valoramos sus vidas más que la nuestra. Y Dios nos pide que imitemos su gracia, asignando el mismo valor a sus hijos.

Tal como Juan escribió en 1 de Juan capítulo 3 versículos 16 al 18:

En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos. Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él? Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad. (1 Juan 3:16-18)

Cuando fallamos en imitar la gracia expiatoria de Dios, es fácil que nuestro así llamado “amor” sólo consista en un servicio de labios. Por ejemplo, es fácil para nosotros pensar que los pobres merecen su pobreza, o que es responsabilidad de otros cuidar de ellos. Es fácil para nosotros poner nuestros propios intereses por sobre los intereses de los otros, y preferir la comodidad y lo fácil en vez del trabajo duro de ayudar a los demás.

Pero el ejemplo de gracia de Dios nos obliga a renunciar a nuestro dinero y nuestras posesiones, incluso a nuestras vidas, para proteger y cuidar de nuestros hermanos y hermanas en Cristo. Nos enseña a amarlos de todo corazón, al punto de estar motivados para sacrificarnos, sufrir, e incluso morir por ellos.

Con esta comprensión de la gracia expiatoria de Dios en mente, estamos listos para hablar de la forma en que su gracia común nos provee de un ejemplo para seguir.

Gracia Común

La gracia común es un término técnico en teología que se refiere a la gentileza de Dios para quienes nunca serán salvos. Para quienes finalmente recibiremos la salvación, la gracia de Dios siempre obra para nuestra redención. Pero Dios también extiende una gentileza no redentora, o “gracia común”, a quienes nunca recibirán la salvación.

En el Sermón del Monte, Jesús se refirió a la gracia común de Dios como una expresión de su amor por toda la humanidad. Sin duda, el amor general de Dios por la

humanidad no es para nada tan grande como su amor por los creyentes. Sin embargo, es verdadero y genuino, y nos presenta un modelo a imitar.

En Mateo capítulo 5 versículos 44 al 48, Jesús impartió la siguiente enseñanza sobre la gracia común:

Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos... Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto. (Mateo 5:44-48)

Tal como lo enseñó Jesús, la perfección de Dios incluye su amor por la gente mala, incluso por aquellos que nunca vendrán a la fe en Cristo. Y Dios expresa este amor en muchas formas, tales como la luz del sol y la lluvia. Dios es bueno con toda la gente, proveyendo estabilidad y productividad para ellos en la naturaleza, y permitiéndoles prosperar en esta vida. No estamos diciendo que Dios *siempre* es amable, porque no lo es. Algunas veces envía su juicio sobre los malos. Pero generalmente, muestra paciencia y generosidad, incluso para con sus enemigos.

Y dado que amamos a Dios, nosotros también tenemos que amar a la gente que él ama. Siguiendo el ejemplo de Dios, nuestro amor debe motivarnos a ser buenos y amables con toda la gente, aun cuando nos odien y nos persigan.

Por ejemplo, en Éxodo capítulo 23 versículos 4 y 5, la ley de Dios nos exige proteger los bienes de nuestros enemigos. Escuchemos lo que dice:

Si encontrases el buey de tu enemigo o su asno extraviado, vuelve a llevárselo. Si vieres el asno del que te aborrece caído debajo de su carga, ¿le dejarás sin ayuda? Antes bien le ayudarás a levantarlo. (Éxodo 23:4- 5)

Estas instrucciones aparecen en un contexto que habla de la justicia. La idea es que tenemos que preservar la justicia para todas las personas, incluso si nos odian.

Pero Jesús no sólo nos enseñó a preservar la justicia para nuestros enemigos; él nos enseñó a amarlos. Debemos preservar la justicia para ellos porque de verdad queremos que reciban los beneficios y la protección de la justicia, y porque amamos al Dios que es el *standard* de justicia.

Es fácil no tener este tipo de amor por nuestros enemigos. En el mejor de los casos, generalmente preferimos ignorar sus necesidades; y en el peor de los casos, estamos motivados a tomar venganza contra ellos, y alegrarnos cuando sufren injusticias. Pero estas no son las actitudes que caracterizan a Dios; y no son las motivaciones que él ha modelado para nosotros. Cuando hacemos estas cosas, estamos pensando en forma egoísta, buscando agradarnos a nosotros mismos. Estamos siguiendo el ejemplo del mundo pecaminoso y del diablo, no del Señor de rectitud y misericordia.

Piensa en una discusión que hayas tenido con alguien que amas. Quizás uno de tus padres, o un hijo, o tu cónyuge, o un amigo íntimo. A veces, estas discusiones producen enojo y sentimientos muy fuertes. Pero la mayoría de las veces, seguimos comprometidos con ellos. Aún los amamos, no queremos que los traten en forma injusta.

Bueno, en muchos aspectos, esta es la forma en que Dios quiere que nos sintamos respecto de nuestros enemigos. Debemos sentir una preocupación genuina por su bienestar. Y esta preocupación genuina debe manifestarse en acciones. Debe motivarnos a ser amables con ellos, a orar por ellos, a protegerlos y a proveer para ellos cuando estén en necesidad.

Ahora, necesitamos expresar por lo menos una reserva en la forma que imitamos la gracia común de Dios. En términos específicos, necesitamos mencionar que este tipo de amor no excluye un deseo de justicia. Dios a veces retiene su gentileza para ejecutar su juicio contra los malos. Los juicios de Dios son siempre justos y buenos. Más aun, las Escrituras enseñan que la justicia es un importante aspecto del amor.

Como leemos en Salmo 33 versículo 5:

El ama justicia y juicio; De la misericordia de Jehová está llena la tierra.
(Salmo 33:5)

Un deseo de justicia en contra de quienes nos han hecho daño no es incompatible con el amor. De hecho, idealmente, cuando imitamos verdaderamente la gracia común de Dios, nuestro anhelo de justicia, nuestro amor por Dios, nuestro amor por nuestro prójimo, y nuestro amor por nuestros enemigos son notablemente similares. Y la razón para esto es que: Dios, que es justicia, a menudo usa sus juicios como un correctivo para guiar a los pecadores al arrepentimiento y la salvación.

Por ejemplo, en Zacarías capítulo 14 versículo 16, el juicio de Dios contra las naciones lleva al arrepentimiento:

Y todos los que sobrevivieren de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, a Jehová de los ejércitos. (Zacarías 14:16)

Aun cuando anhelemos la justicia de Dios, nuestra motivación última debe ser el amor. Debemos esperar ver cómo la justicia de Dios traerá el arrepentimiento que lleva a la fe.

El amor de Dios es complejo. Si lo sobre simplificamos, puede que concluyamos erróneamente que no podemos amar a nuestro prójimo al mismo tiempo que odiamos el mal que vemos en el mundo. Sin embargo, las Escrituras nos enseñan que el amor de Dios incluye tanto el anhelo de justicia como el odio al mal. De modo que la solución para nosotros como cristianos es asegurarnos de que nuestros anhelos de justicia y nuestro odio al mal sean parte de nuestro amor por la humanidad. Estos sentimientos son pecaminosos cuando están divorciados del amor. Pero son justos cuando son expresiones del amor y nos motivan a pensar, a hablar y a actuar en formas que Dios aprueba.

Después de hablar sobre la lealtad y la acción, estamos listos para referirnos al afecto, es decir, el aspecto emocional más explícito del amor.

Afecto

Los maestros cristianos hablan a veces sobre el amor bíblico como si éste sólo consistiera de acciones y pensamientos. Por ejemplo, algunos argumentan que la Biblia nos exhorta a amar de modo activo, y que no importa cómo nos sintamos emocionalmente. Dicen que el amor a Dios consiste en una obediencia externa a sus

mandamientos, en hacer cosas como ir a la iglesia, orar, leer la Biblia y tener nuestro tiempo devocional. Y que el amor por el prójimo consiste en reprimir nuestro enojo, ser educado, refrenarse de presumir y cosas así. Sin embargo, la Biblia nos da una perspectiva muy distinta sobre el tema.

Recuerden las palabras de 1 de Corintios capítulo 13 versículos 1 al 3:

Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo amor, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo amor, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo amor, de nada me sirve.
(1 Corintios 13:1-3)

Las buenas obras que Pablo describió aquí son moralmente buenas cuando están motivadas por un afecto de corazón. Pero cuando no es así, no valen nada. Sin amor, el don espiritual de las lenguas se transforma en un címbalo que retiñe. El que tiene profecía, conocimiento y fe no es nada. Y el que entrega todas sus posesiones e incluso su vida, no gana nada. El amor es una dimensión emocional fundamental de cada acción que realizamos. Sin él, nada de lo que hagamos se considera bueno.

Consideren también Mateo capítulo 15 versículos 7 al 9, donde Jesús hizo esta ácida crítica:

Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, cuando dijo: Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí. Pues en vano me honran. (Mateo 15:7-9)

El punto de Jesús era simple: honrar y adorar a Dios sin afecto es hipocresía. Sea que nuestras acciones apunten a otra gente o a Dios, tienen que estar motivadas por sentimiento de afecto genuino.

Hay muchos y diferentes afectos y emociones que podríamos considerar como aspectos del amor que motiva las buenas obras, pero el tiempo sólo nos permitirá mencionar dos. Primero, hablaremos de la gratitud a Dios; y segundo, consideraremos el temor de Dios. Comencemos con la forma en que la gratitud nos motiva a agradecer al Señor y a cuidar de nuestro prójimo.

Gratitud

En las Escrituras, la gratitud debe ser nuestra respuesta normal a la gracia y benevolencia de Dios, y nos debe motivar a obedecerle. Por ejemplo, los Diez Mandamientos son presentados con una afirmación sobre la benevolencia de Dios. Se supone que esta benevolencia debe producir nuestra gratitud, de modo que vamos a querer guardar los mandamientos que siguen.

Escuchen cómo Éxodo capítulo 20 versículo 2, presenta los Diez Mandamientos:

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre. (Éxodo 20:2)

El tiempo en que Dios le dio los Diez Mandamientos a Israel, es decir su Éxodo desde Egipto, había sido el suceso redentor más grande que jamás había ocurrido. Fue el equivalente en el Antiguo Testamento al sacrificio de Cristo en el Nuevo Testamento — el suceso que los escritores bíblicos mencionaban constantemente para inspirar la gratitud de sus lectores.

Inmediatamente después de esta introducción a los Diez Mandamientos en Éxodo capítulo 20, hallamos los Diez Mandamientos mismos. Tal como lo han hecho notar muchos teólogos a través de los siglos, estos mandamientos se presentan en dos grupos: primero, las leyes que resumen lo que significa amar a Dios; y segundo, las leyes que resumen lo que significa amar a nuestro prójimo.

Así entonces, en los Diez Mandamientos, hallamos que la gratitud sincera para con Dios debe ser la motivación que nos inspire a la lealtad, a la acción y más aun al afecto hacia Dios como nuestro rey, y hacia nuestros congéneres humanos como sus amados hijos y criaturas.

El Nuevo Testamento enseña el mismo principio. Tal como lo dijimos, éste generalmente tiende a apelar al sacrificio de Cristo como la base de nuestra gratitud. Pero el concepto es el mismo: la benevolencia de Dios merece nuestro amor y obediencia.

Tal como lo afirma Juan en 1 de Juan capítulo 4 versículo 19:

Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero. (1 Juan 4:19)

Y como Pablo lo escribió en Colosenses capítulo 3 versículo 17:

Y todo lo que hacéis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él.
(Colosenses 3:17)

Nuestra gratitud por el regalo de su Hijo debe motivarnos a amar a nuestro Señor, y a expresar este amor a través de buenas obras. Obras, hechas en su nombre y para su gloria.

No es difícil entender cómo la gratitud funciona como una motivación. La mayoría de nosotros tiene muchas razones para estar agradecidos. Podemos estar agradecidos de nuestros padres por la forma en que nos cuidaron, o de algunos maestros en particular por cómo nos educaron. Estamos agradecidos cuando la gente nos rescata del peligro o de un desastre. Y en todos estos casos, nuestra respuesta a menudo es agradecer a las personas que nos ayudaron, e incluso al devolver el favor de algún modo, si fuera posible.

Por otra parte, debe ser fácil recordar a la gente que en nuestra vida ha sido desagradecida, gente que no ha apreciado las cosas buenas que otros han hecho por ellos. Cuando somos desagradecidos, sucede que no queremos agradar a quienes nos ayudan. Al contrario, más bien recibimos su ayuda como si fuera nuestra justa recompensa, y nos sentimos si no lo hacen cómo queremos. Lejos de motivarnos a amarlos, la ingratitud hace que despreciemos a los demás.

Ciertamente, nuestra gratitud para con Dios debe motivarnos a obedecerle, y a ayudar a quienes él ama. Nunca podremos devolver el favor que Dios nos hizo mediante el regalo de Cristo, de modo que nuestras buenas obras no son una forma de compensarle

a él. Simplemente son las respuestas amorosas de quienes aprecian lo que Dios ha hecho. Aquellos que están sinceramente agradecidos por lo que Dios ha hecho, nunca podrán expresar esa gratitud inclinándose frente a falsos dioses, o tomando su nombre en vano, o haciendo alguna otra cosa que le desagrade. Hemos recibido el regalo más grande jamás imaginado. ¿Cómo *no* vamos a entregarnos sinceramente a nuestro Señor del pacto?

Luego de haber visto cómo la gratitud debe motivarnos a las buenas obras, ahora podemos referirnos al temor de Dios que es parte de nuestro amor por él, y que nos motiva a las buenas obras.

Temor

En la iglesia actual, los cristianos normalmente no hablan acerca de temer a Dios. Quizá la razón es que el concepto está muy malentendido. Cuando los cristianos modernos pensamos en el temor, generalmente lo asociamos con el terror y el miedo. Tememos a las cosas que nos pueden hacer daño, cosas que tratan de obrar el mal sobre nosotros. Y sin duda la Biblia a menudo usa la palabra “miedo” en este sentido. Pero este tipo de temor de Dios no tiene lugar en la vida de un creyente.

Tal como lo escribió el apóstol Juan en 1 de Juan capítulo 4 versículos 17 y 18:

En esto se ha perfeccionado el amor en nosotros, para que tengamos confianza en el día del juicio; pues como él es, así somos nosotros en este mundo. En el amor no hay temor, sino que el perfecto amor echa fuera el temor; porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor. (1 Juan 4:17-18)

El amor está perfeccionado en los cristianos, y este amor perfecto echa fuera el temor porque Dios nunca nos hará daño. Por lo tanto, este no es el tipo de temor al que las Escrituras se refieren cuando hablan del temor de Dios en forma positiva.

Moisés describió el tipo de temor que tenemos en mente en Deuteronomio capítulo 10 versículos 12 y 13. Escuchen lo que escribió ahí.

Ahora, pues, Israel, ¿qué pide Jehová tu Dios de ti, sino que temas a Jehová tu Dios, que andes en todos sus caminos, y que lo ames, y sirvas a Jehová tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma; que guardes los mandamientos de Jehová y sus estatutos, que yo te prescribo hoy, para que tengas prosperidad? (Deuteronomio 10:12-13)

Aun cuando hay diferencias sutiles entre las obligaciones enumeradas aquí por Moisés, todas son esencialmente lo mismo. Temer, andar, amar, servir, guardar — todas se refieren a rendir una obediencia sincera, leal y activa a Dios y a sus mandamientos.

En honor a la sencillez, podemos definir el temor de Dios como: Asombro, reverencia y honor a Dios que produce adoración, amor y alabanza a Dios. En cierta medida, este tipo de temor caracteriza a todo verdadero creyente en Cristo.

Por ejemplo, en Isaías capítulo 33 versículos 5 y 6, leemos esta exhortación:

Jehová... llenó a Sion de juicio y de justicia. Y reinarán en tus tiempos la sabiduría y la ciencia, y abundancia de salvación; el temor de Jehová será su tesoro. (Isaías 33:5-6)

Nótese que lejos de ser una expresión de terror, el temor reverencial está asociado con la confianza en Dios como nuestro seguro fundamento y nuestra salvación.

En Isaías capítulo 11 versículos 2 y 3, hallamos que este temor caracteriza también al Mesías. Escuchen las palabras del profeta:

Reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová. Y le hará entender diligente en el temor de Jehová. (Isaías 11:2-3)

El temor reverencial no es una respuesta cobarde o miedosa a Dios. Por el contrario, es una delicia.

Más aun, tal como leemos en Hechos capítulo 9 versículo 31, el mismo temor era característico de la iglesia primitiva. Escuchen su relato:

Entonces las iglesias tenían paz... y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo. (Hechos 9:31)

Una vez más, el temor está asociado con sentimientos como paz, edificación y fortalecimiento, y no con terror o alarma.

El temor reverencial de Dios es el sentido de vivir constantemente en su presencia. Es la comprensión de quién y qué es Dios, y de lo que exige de nosotros. Y como tal, es tanto un aspecto del amor como una motivación a realizar buenas obras. Es un aspecto del amor, porque es una respuesta reafirmante y apreciativa de la grandeza y la bondad de Dios; es un fuerte sentimiento de afecto y admiración por su carácter. Y nos motiva a hacer buenas obras por nuestro anhelo de honrar y glorificar al que nos ama.

Es fácil volvernors apáticos y flojos en cuanto a la ética cristiana, cuando carecemos de esta perspectiva. Es fácil pensar que Dios está muy lejos, y que no necesitamos preocuparnos demasiado sobre las obligaciones que él pone en nuestras vidas. En vez de buscar el reino de Dios, sólo nos concentramos en el mundo terrenal. Y como resultado, no nos sentimos conminados a regular nuestras vidas de acuerdo a la voluntad revelada de Dios.

Pero cuando tenemos un apropiado temor reverencial de Dios, éste nos motiva a agradecerle en muchas formas. Las Escrituras mencionan en muchos pasajes los resultados de esta motivación. Pero encontramos la mayor concentración de ellos en la literatura sapiencial del Antiguo Testamento. Por ejemplo, el libro de Proverbios nos enseña que el temor del Señor es el principio del conocimiento en el capítulo 1 versículo 7), el principio de la sabiduría en el capítulo 9 versículo 10), y un manantial de vida en el capítulo 14 versículo 27). Agrega largura de días como dice el capítulo 10 versículo 27). Nos ayuda a evitar el mal como señala el capítulo 16 versículo 6). Y trae riquezas, honra y vida como afirma el capítulo 22 versículo 4). Todos estos y muchos otros resultados fluyen del

temor del Señor. Escuchen cómo Eclesiastés capítulo 12 versículo 13, resume la verdadera ética y la verdadera sabiduría:

Teme a Dios, y guarda sus mandamientos; porque esto es el todo del hombre. (Eclesiastés 12:13)

El temor de Dios debe motivarnos, y nos motiva, a pensar, hablar y actuar en formas que agradan a nuestro Dios y Rey. Debería motivarnos a guardar sus mandamientos, y a hacer el bien a las criaturas que él ama.

Así entonces, vemos que el amor funciona como una motivación para distintos tipos de buenas obras. En la lealtad, nos motiva a cumplir nuestro deber para con Dios y nuestro prójimo. En la acción, nos motiva a hacer lo que glorifica a Dios y beneficia a nuestro prójimo. Y en el afecto, nos motiva a agradar a nuestro amado Señor, sirviéndole y cuidando de nuestro prójimo.

V. CONCLUSIÓN

En esta lección de tratando de hacer el bien, hemos centrado nuestra discusión sobre la perspectiva existencial en el concepto de las motivaciones. Comenzamos observando la importancia de las motivaciones, y el rol que juegan las motivaciones en el proceso de tomar decisiones bíblicas. Luego, nos enfocamos en dos motivaciones muy importantes que son parte de toda buena decisión: la motivación de la fe, tanto al comienzo de nuestra salvación como en el caminar de nuestra vida cristiana; y la motivación del amor, que incluye la lealtad, la acción y el afecto.

Cada día, los cristianos enfrentamos muchísimas decisiones éticas. En muchos casos, es muy difícil determinar nuestro deber, identificar los hechos y, mucho más aun, reconocer lo que hay en nuestro interior como personas. Aun así, si queremos que nuestras decisiones sean bíblicas, tendremos que hacer el esfuerzo de analizar nuestras intenciones. Tendremos que asegurarnos de que todo lo que hagamos esté realmente motivado por nuestra fe en Dios, y por nuestro amor a Dios y a nuestro prójimo. Si mantenemos nuestras intenciones claramente a la vista, estaremos mejor preparados para tomar decisiones que honren y glorifiquen a nuestro Dios.